

## CAPITULO IV

### TESTIGOS DEL SITIO DE MURET

#### 4.1

Según avanzaban por la calzada, una de las mulas heridas empezó a dar problemas, no podía seguir adelante al ritmo de los demás equinos. Dada la premura de tiempo, fue también sacrificada y su carga repartida entre las otras. Aubert, medio desvanecido, a duras penas se sujetaba en la silla.

Ante la proximidad de la fortaleza, sus torres se divisaban a lo lejos cuando el camino lo permitía, y por lo tanto del ejército que la asediaba, extremaron la cautela. Ferdinand optó por apartar al escuadrón de aquella ruta aprovechando el cauce de un arroyo que la cruzaba, de éste modo no dejarían un rastro demasiado claro a sus posibles perseguidores. Remontaron la corriente un tramo, los animales con sus patas sumergidas en el agua hasta las rodillas y corvejones, los jinetes, salvo el herido, conduciéndolos a pie, y luego, ya montados, se dirigieron campo a través hacia el Oeste, alejándose del Garona e internándose un tanto en la espesura del bosque.

A no mucho tardar, pudieron percibir, procedente del camino que acababan de abandonar, el galope de varias cabalgaduras, rumbo a Muret. Probablemente sus jinetes marchaban a informar al mando de la hueste sitiadora sobre el forzamiento del puente por una partida de guerreros de Simón de Montfort. El combate había costado a los tolosanos la muerte de uno de sus peones, el que se ahogó en el río, y varios heridos graves, eran bajas poco importantes, pero no dejaba de resultar inquietante la extraña maniobra.

Al atardecer, el grupo de cruzados estaba a punto de coronar las alturas que delimitaban el valle. El capitán eligió para acampar un calvero emplazado a los pies de un murallón rocoso, en cuya vertiente opuesta, se suponía, dispondrían de una buena vista de la ciudad sitiada.

Una vez desmontados, se produjo una fuerte bronca entre Ferdinand y Bernard. El primero reprendió al segundo por su lamentable papel en el puente y éste se defendió con argumentos poco sólidos, como el de que su ayuda no era necesaria pues ya la estaban prestando otros.

Pero la disputa no se prolongó demasiado pues antes que nada era atender al escudero herido. También a Madelaine, bastante desmejorada a causa de las muchas horas a caballo, y al propio médico, François. Y, cómo no, a los numerosos caballos y acémilas, pese a sus protecciones, maltratados severamente por las pedradas.

La pérdida de la carga transportada por la mula caída al Garona representaba un problema añadido, pues en sus alforjas se guardaba, entre otras cosas, casi todo el instrumental y remedios del cirujano. No sólo eso, también los útiles sagrados del clérigo y parte del material de acampada. Aquel extravío significó para la mayoría un nuevo presagio de desventura.

A pesar de todo, François pudo, con el poco material del que aún disponía y métodos de circunstancias, organizar las curas, incluyendo la suya propia. Y en cuanto éstas estuvieron en marcha, el Mariscal aprovechó para echar un vistazo al otro lado del roquedo.

Se despojó de su armadura y trepó por entre las grandes piedras. Por indicación suya, le siguieron, en cuanto se desembarazaron de sus lorigas, el templario, Marie y Paul, Pierrot se quedó junto a su amigo Aubert. Poco después se sumaron a los primeros por iniciativa propia, el vituperado Bernard y el anciano Charles. Libres de todo lastre, no resultaba demasiado difícil escalar el murallón y coronar la cima. Una vez arriba, se fueron asomando a la otra vertiente.

Ferdinand, el primero en subir, se percató inmediatamente de la presencia de varios centinelas en las crestas situadas a su izquierda, a menos de doscientos pasos de distancia y

dominándoles en altura. Sólo si permanecían tumbados en el suelo podrían pasar desapercibidos gracias a la cobertura de los matorrales, y así se lo fue indicando el capitán a los que iban llegando. Tampoco era prudente el alzar la voz, a pesar de que la brisa soplaba a su favor.

Los seis cruzados, tendidos uno a continuación de otro y bien pegados al suelo, oteaban el horizonte. El imponente espectáculo que se desplegaba ante ellos les dejó abrumados.

Contemplaban el valle, ancho y llano, en toda su extensión. Allí al fondo, hacia su derecha y pegado al caudaloso río, se encontraba el castillo de Muret, con sus altas torres, sitiado por el ejército del rey Pedro de Aragón y sus aliados. Sabían que únicamente trescientos hombres del ejército cruzado, entre ellos tan sólo treinta caballeros, lo guarnecían. Una fuerza insignificante comparada con la masa de hombres que reunían las huestes enemigas.

La actividad de los sitiadores era intensa. Levantaban parapetos a todo lo largo de una línea que rodeaba el castillo casi por completo, solamente la parte que daba al Garona quedaba exenta. En esa zona, existía un puente de piedra por donde pasaba el camino que se dirigía a Foix y que unía la fortaleza con la otra orilla del río, por lo que no se podía decir que el cerco fuese total, los defensores podían utilizarlo para escapar o recibir ayuda a través de él. Ferdinand y sus compañeros no podían verlo, pero suponían que sus enemigos habrían situado a alguna tropa en la otra orilla en previsión de aquellos dos supuestos.

Por detrás de las cercas y parapetos, los guerreros sureños estaban fabricando toda clase de ingenios bélicos: torres de asalto, arietes, escalas, catapultas, fundíbulos... y la mayoría de ellos en estado muy avanzado de construcción, tanto, que era muy presumible que el asalto general no se demorase demasiado.

Lo que más llamó su atención fueron dos descomunales fundíbulos, también llamados trabucos, que aparentaban estar ya terminados, de hecho fueron testigos de la puesta en funcionamiento de uno de ellos. Su estremecedor disparo les sorprendió por inesperado. La enorme masa del contrapeso basculó aparatosamente produciendo un estruendoso crujido y confiriendo un vertiginoso giro al mástil de lanzamiento. Su pétreo proyectil, de al menos un quintal de peso, salió despedido y voló en derechura hacia la ciudadela despidiendo un leve silbido al surcar el aire. Su visible trayectoria parabólica, que duró unos pocos pero interminables segundos, salvó más de doscientos pasos de recorrido y la altura de las murallas, hasta acabar impactando en su interior donde provocó un retumbar pavoroso audible en todo el valle.

Los defensores, alertados de antemano, se pondrían rápidamente a cubierto por lo que sus efectos se limitarían a daños materiales, pero las repercusiones sobre la moral, tanto de los que estaban dentro como los de afuera, serían contundentes. Los propios cruzados del Conde de Etelnon, espectadores pasivos de la demostración, a pesar de estar acostumbrados a ver hechos de este tipo, quedaron sobrecogidos.

Dado el tiempo requerido para efectuar la carga de las enrevesadas máquinas y lo avanzado de la tarde, probablemente no se produciría ningún disparo más aquel día. Si acaso, tal vez su gemela, si no lo había hecho ya, probase también la eficacia de su tiro.

Recuperada la atención que les robara el espectacular lanzamiento, continuaron escudriñando los detalles de aquel imponente panorama.

Frente a ellos, ocupando una enorme extensión de terreno, se extendían dos inmensos campamentos. El más próximo al altozano donde se encontraban era, evidentemente, el catalano-aragonés, dada la profusión de estandartes barrados de grana y oro. Mas allá se desplegaba el occitano, mucho mayor que el anterior. En él podían distinguir los pendones de las mesnadas del Conde Raymond VI de Toulouse y sus vasallos, y la de Raymond Roger de Foix. También la del malogrado Vizconde Trencavel, compuesta por sus antiguos caballeros, expulsados de sus tierras y proscritos por las nuevas autoridades del Norte, eran los llamados "faidits". Pudieron ver además las banderas de los gascones del Conde Bernart IV de Comenge y las de... ¡sorpresa!, la Orden del Hospital de San Juan, otra institución religiosa de caballería cuya presencia, acampada allí, junto a los protectores de los herejes y sus aliados, era difícilmente explicable.

- ¿Qué narices pintan los hospitalarios?- interrogó en voz baja el Mariscal al templario.

- Deben ser los del priorato de Toulouse, o de algún otro catalán o aragonés. Seguramente el Rey Pedro los trae como una especie de escolta, de salvaguarda de su aureola católica más

que de su persona, pero supongo que su neutralidad en los combates está garantizada.

Sin embargo echaron en falta las banderas del Conde de Rosellón-Cerdaña, Nuño Sancho, tío del Rey, las de los Señores de Montcada y las gasconas del Vizconde de Bearn, Gastón VI. La ausencia de estos vasallos y aliados seguros de Pedro “El Católico”, era achacable sin duda a que venían con retraso a su cita ante Muret y a ninguna otra cosa, probablemente estarían ya de camino.

Los cruzados contaban las tiendas de ambos campamentos y las de otro aún más lejano, asentado cerca de la orilla del río, aguas abajo, tratando de deducir a través de su número la magnitud de las huestes enemigas. Atracadas junto a ese distante acantonamiento, se encontraban tres grandes barcazas cuyo cometido debía ser el transporte de bagajes y suministros procedentes de Toulouse, y por ello eran precisamente los estandartes de esa ciudad los que ondeaban entre aquellas tiendas. Las milicias urbanas acampaban pues, repartidas entre el campamento junto al río y el más extenso del centro del valle.

- ¡Dos mil o tres mil hombres sólo en la hueste del Rey!- anunció Marie, tras calcular el producto de la cantidad aproximada de carpas por unas medias de diez, quince o veinte hombres alojados en cada una de ellas según su tamaño, y añadiendo a la estima la proporción de gente que dormiría sencillamente al raso o bajo pequeñas lonas.

- Pues en el campamento de los Condes occitanos puede haber poco más o menos el doble- especuló el veterano Charles.

Tardaron un poco más en estimar la cifra aproximada de tiendas en el campamento de la orilla del Garona, pues, debido a la lejanía, los perfiles de aquellas resultaban imprecisos. Cuando acabaron, estaban en condiciones de afirmar que el ejército a las órdenes del Rey Pedro de Aragón, alineaba, en números redondos, unos dos mil guerreros catalano-aragoneses, unos cuatro mil hombres al servicio de los Condes occitanos, y al menos ocho mil ciudadanos de Toulouse en armas, aunque era difícil creer que esta urbe pudiera reclutar tanta gente. Todas estas cantidades, estimadas a la baja, sumaban un total de catorce mil guerreros de todo tipo, casi siete veces más que la hueste católica comandada por Simón de Montfort en ese momento, pero seguramente se quedaban cortos en sus apreciaciones.

Los cruzados se sintieron apabullados ante la evidente y aplastante superioridad numérica del enemigo, y temieron por la suerte de sus armas si se llegaba al enfrentamiento directo.

En ese instante, vieron partir del campamento más cercano una gran compañía de infantes que marchaba a la carrera en dirección a la línea del frente. A pesar de la distancia, se apreciaba en sus componentes un aire feroz, por lo que se podía descartar que se tratase de peones de reclutamiento obligatorio, pareciendo más bien gente profesional, mercenarios. Pero, al mismo tiempo, avanzaban de forma tan disciplinada, manteniendo la cohesión de la formación sin afectarles la velocidad de su desplazamiento, que era impensable tomarles por simples “routers”, es decir, facinerosos armados a sueldo.

Ferdinand, admirado por esa marcialidad, no pudo evitar preguntar de nuevo a fray Adrien:

- ¿Y esos fantoches, de donde salen?

- “Almogávares” los llaman en los reinos de Hispania y, creedme, no tienen nada de fantoches. Son los peones más peligrosos que nunca he visto. Uno solo es capaz de enfrentarse con un jinete de tú a tú, y de llegar a vencerle si éste se descuida lo más mínimo.

- ¿No exageráis?

- En absoluto, los vi combatir en la batalla de Úbeda- así llamaban entonces a la de las Navas de Tolosa- y por fortuna en el bando cristiano. Pues sabed que esos mercenarios proceden de todos los lugares y entre ellos hay no pocos sarracenos, casi todos convertidos, al menos en apariencia, a nuestra Fe, pero a otros se les ha tolerado imprudentemente que siguiesen profesando el culto de Mahoma. Los reclutó inicialmente el Rey de Aragón, entre los montañeses más fieros y montaraces que pudo encontrar, pero hoy sirven también en otros reinos hispánicos.

Según contemplaban el rápido avance de los almogávares hacia no se sabía donde, tal vez estuviesen simplemente ejercitándose, vieron cómo se cruzaban con un pequeño grupo de jinetes que venía en dirección contraria, rumbo al campamento del que habían partido aquellos. La compañía de infantes se detuvo y éstos, al unísono, saludaron a los caballeros con una atronadora ovación. Aquel clamor hizo que los cruzados pasaran a centrar su atención en el

pequeño grupo que se aproximaba al galope.

A su cabeza venía un formidable caballero, un auténtico gigante de reluciente armadura y dalmática de colores inconfundibles. El templario, ligeramente conmovido, anunció a sus compañeros:

- ¡Es él! ¡El mismísimo Rey de Aragón y Príncipe de los Condes catalanes, Pedro “el Católico”, el campeón de la Cristiandad.... ¿Qué os parece? ¡Quién lo fuera a decir hace sólo un año, cuando cargaba a la cabeza de sus caballeros contra la guardia negra del califa almohade, rivalizando en osadía y coraje hasta grados heroicos con Sancho “el Fuerte” de Navarra, estando a punto incluso de ser atravesado por una lanzada enemiga que le alcanzó,... ahora convertido en un agente de Satán, a la cabeza de los protectores de herejes!

Su concurrencia guardó silencio en espera de que Adrien rematase su plática proporcionando algún juicio que explicase por qué un valiente y santo caballero podía haber degenerado de tal forma en tan corto espacio de tiempo. Y, efectivamente, aquel no tardó en emitirlo:

- El malvado Enemigo del hombre es astuto, si te duermes en los laureles un instante, si flaqueas lo más mínimo y le das tregua, él, que no descansa, te atrapa, te termina arrastrando y convirtiendo en su esclavo, utilizando para ello cualquier punto débil que encuentre en tu carácter. En el caso del Rey Pedro puede que hayan sido la soberbia y la lujuria las faltas que le han llevado a la perdición, cegándole de tal manera que se ha puesto en contra del mismo Dios.

El capitán de los cruzados lamentó que no se encontrase allí con ellos “Aristo”, para que, mediante alguna de sus filosóficas sentencias, hubiera puesto en entredicho las, para él, necias palabras del monje templario. Ferdinand no creía que existiese ningún Dios, pero suponía que de existir, no podía, o al menos no debía, siendo todos sin excepción sus hijos, ¡sin excepción todos!, por que esa, y no otra, era por definición, argumento siempre utilizado por el joven Pierrot, su esencia, tener a unos hombres por amigos y a otros por enemigos. Y ciertamente que no tenía Ferdinand ningún reparo en matar a cualquier persona que se hubiese convertido en su adversario, pero estaba claro que nunca le consideraría tal por su forma de pensar o de rezar.

La pregunta que a continuación hizo Paul, interesado en destacar la supremacía de la inteligencia sobre la fuerza bruta, a su tío, y la inmediata respuesta de éste, daría pie inevitablemente a la posterior intervención del Mariscal:

- ¡Decidme tío Adrien! El arrojo de éste Rey y de los otros que participaron en esa batalla, así como de las tropas que les seguían, ¿fueron más decisivos que los planteamientos estratégicos y tácticos que previeron a la hora de obtener la victoria?

- De nada sirven los buenos planes si luego te falta bravura para ejecutarlos eficazmente, pero también es cierto que el brío osado y ciego puede tener consecuencias fatales cuando tienes enfrente a alguien que, además de poseer virtudes semejantes, usa la cabeza. Mas no te engañes sobrino, la aplastante victoria de Úbeda no se debe a la bizarría de Pedro o Sancho, ni a la prudencia y buen juicio de Alfonso de Castilla, sino a la Intervención Divina obtenida por mediación del Santo Apóstol Santiago y por las rogativas de todos los fieles cristianos. Sin aquella, nada puede todo lo demás. Unas cuantas bajas sufrimos frente a miles de infieles muertos, esto no es ningún cuento, ¡yo lo vi! ¿Tiene alguna otra explicación?

- En toda batalla- intervino entonces Ferdinand- exceptuando aquellas de la antigüedad llamadas “pírricas”, y que se hicieron famosas precisamente por no ser corriente su caso, los vencedores tienen muchísimas menos bajas que los derrotados, y ello no es sólo consecuencia del propio combate sino, sobre todo, de la posterior carnicería que los primeros hacen sobre los segundos puestos en fuga.

Adrien miró torvamente al Mariscal, sus palabras no le hacían ninguna gracia, y éste, complacido por su turbación, quiso mortificarle aún más:

- ¿No os preguntáis por qué Dios, siendo omnipotente, no lo hizo de otra manera? Pudo barrer a sus enemigos con una inundación o hacer que la tierra se los tragara con un terremoto. Podía haber permitido que el impío Rey Pedro muriese entre los miles de infieles, sin duda conocía, ¡lo sabe todo!, que se convertiría en breve en el capitán de sus acérrimos adversarios...

- ¡BASTA!- profirió el templario indignado con el insolente ateo- ¡No sois nadie para juzgarle ni ponerle en duda! Los Senderos del Padre son un misterio insondable para todos los hombres, por sabios que se puedan considerar, y vos, que yo sepa, apenas conocéis las vocales y

tenéis dificultades para contar más de diez.

- No soy tan ignorante como pensáis fray Adrien, pero además, y sobre todo, dispongo de sentido común, algo de lo que me debió de dotar Él, si como dicen creó el mundo, y os voy a decir lo que pienso de vuestra sacrosanta victoria sobre los infieles. No fue Dios el que fulminó a los almohades, ni siquiera el arrojó de esos reyes y sus caballeros, quizá si un poco la inteligencia del viejo Rey castellano, que ya venía escarmentado de la derrota de Alarcos, por cierto ¿dónde estaba el Padre aquel día?, pero, por encima de las otras cosas, fue la superioridad numérica de los aliados sobre los almohades, que acababan de ser abandonados por sus vasallos andalusíes poco antes, lo que determinó el desenlace.

- ¡PERO QUÉ SANDECES DECÍS, BLASFEMO DEL INFIERNO, VOS NO ESTUVÍSTEIS ALLÍ!- gritó de nuevo el monje guerrero, cada vez más soliviantado con las inconvenientes declaraciones del Mariscal.

- ¡NO ESTUVE, PERO ME LO HA CONTADO GENTE QUE SÍ ESTUVO!- vociferó también Ferdinand.

El resto de los presentes empezaban a darse cuenta de la imprudencia que estaban cometiendo los dos veteranos, aquellas voces podían llegar a ser escuchadas por los centinelas del promontorio vecino, de modo que Bernard, Charles y los jóvenes hermanos, les chistaron enérgicamente para que se callaran, y a continuación les rogaron que mantuvieran la calma. Pero ambos hombres no entraron en razón de inmediato:

- ¡NO LO PUEDO CREER! ¡LO INVENTÁIS PARA SOSTENER VUESTRAS ATEAS E IRREVERENTES AFIRMACIONES! ¡ESTÁIS PECANDO MUY GRAVEMENTE Y ESO... - el segundo aviso de los otros cuatro cruzados, fue tan contundente que el templario tuvo que bajar la voz y terminar su soflama, al darse cuenta por fin de la ligereza perpetrada... deberéis pagarlo tarde o temprano!- acabó diciendo.

- Tal vez me lo haga pagar alguien como vos, mejor dicho unos cuantos como vos, pero os aseguro que no va a ser Dios, ni siquiera creo que El lo aprobese. Sencillamente porque no existe, y si existe, lo que yo pueda decir, o lo que podáis decir vos, simplemente le moverá a la risa... o tal vez a la pena, pero no creo que en ningún caso a la cólera, y que acabe mesándose la barba por lo que puedan opinar ¡un par de insignificantes gusanos, como somos vos y yo, y todos los demás seres “inteligentes”- entonó con sorna la palabra- de este miserable mundo!

Adrien no quiso responder ni seguir escuchando al impío caballero e inició una sigilosa retirada hacia el borde del roquedo, andando a gatas para no sobrepasar la altura de las matas. Realmente no había mucho más que ver allí y quedaba muy poco para que el Sol se ocultase. Además el valle empezaba a quedar en silencio, martillos, hachas y sierras habían callado su voz y los desplazamientos de jinetes y peones menguaban por momentos, en aquellas condiciones era más fácil el que fueran detectadas por los vigías sus acaloradas conversaciones.

De todas formas, el capitán, consciente de que sus escandalosas manifestaciones no sólo afligían al monje templario sino también a los otros cuatro, sobre todo a su pupila Marie, quiso concluir su discurso con un alegato final que, al tiempo que quitaba un poco de hierro al asunto, reafirmaba su tesis:

- Recuerdo un dicho que escuche en Hispania cuando hice el “Camino”, y viene al pelo para el caso de esa batalla: “Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, que siempre ganan los malos cuando son más que los buenos”, era así, o algo parecido. En este caso fue al revés, los “buenos”, eran más

Nadie hizo el menor comentario a sus palabras, y al único que consiguió arrancar una leve sonrisa fue a Paul. Sus hombres ya le conocían y no se iban a escandalizar a estas alturas, aunque nunca había sido tan rotundo en sus opiniones y menos delante de un clérigo, pero no dejaba de entristecerles que su admirado jefe negase públicamente al Altísimo, siendo Éste para ellos la única justificación de su existencia, su Creador, el Viento que les arrastraba, la Luz que les iluminaba el camino y su Meta postrera. Y era de esa manera, tanto para Marie como para el viejo Charles o el extraviado Paul a pesar de sus pecados, e incluso también para el arrogante, vanidoso y falso Bernard, éste último un tanto sorprendido, sí, por la radicalidad del jefe de la patrulla.

Creyó ver tan consternados a sus acompañantes, por lo menos a los jóvenes, que Ferdinand no quiso dejar aquella espinosa cuestión en el aire:

- ¡Disculpadme si mis palabras os han entristecido! Mi forma de pensar no os debe influir para nada pues yo de ninguna manera puedo probar su inexistencia. Si estoy equivocado, tal vez algún día tenga que rendir cuentas, pero sospecho que, de suceder ello, no será demasiado severo conmigo.

Poco después, se encontraban los cinco descendiendo, con bastantes más complicaciones que las que tuvieron en la escalada, el farallón rocoso desde donde habían observado Muret, para reunirse con el resto de los componentes de la patrulla.

De regreso fueron informados sobre el estado de Aubert y los otros. François explicó que el escudero estaba grave .pero no en peligro de muerte, al menos inminente, puesto que se había logrado detener la hemorragia y la flecha no afectaba a ningún órgano vital. Ante la falta de la mayor parte de su instrumental quirúrgico donde figuraban entre otras cosas afilados escalpelos y agujas de sutura, así como los tarros con sus brebajes y mejunjes, el cirujano no se atrevía a extraer allí mismo la flecha.

En cuanto a Madelaine, presa de atroces dolores, declaró que no debía cabalgar más, al menos en unos días. Y, por último, respecto a su propio estado, se consideraba descartado para cualquier servicio, dado que el doloroso impacto recibido le había dañado muy seriamente, apenas podía girar la cabeza.

Ferdinand dudo una vez más de François al pensar que podía estar dramatizando sus dolencias, pero resultaba evidente que todo lo demás era cierto: Aubert tenía clavada la flecha por detrás del hombro, el rostro del aya de Marie ofrecía una expresión patética y los cachivaches del médico reposaban en el lecho del Garona, amén del escandaloso moratón de su cuello.

Estaba muy claro que, de no dar por abortada la misión, cosa que hubiera sido lo más prudente, la patrulla debería seguir adelante con una merma de sus componentes, aquellas tres personas tenían que regresar a la mesnada o bien aguardar allí mismo.

El capitán de los cruzados titubeaba sobre la decisión a tomar y, de momento, no quiso consultar con los demás. Estaba irritado con todos aquellos que se empeñaron en cruzar aquel maldito puente saliéndose con la suya, y ahora, después del precio pagado, no deseaba ofrecerles la posibilidad de que alguno de ellos reconsiderara su postura y recomendase el volver a la base. Resultaría denigrante regresar en esas condiciones, con heridos, pérdidas materiales por valor de una fortuna y... las manos vacías, ¡sin haber llegado a ver de cerca de los fugitivos!

“¡No!, debo ganar tiempo hasta estar en condiciones de tomar una determinación”. Había concebido un plan con el que enterarse de lo que tramaban los herejes. Estaba claro que si optaban por permanecer refugiados en alguno de los campamentos de las huestes enemigas- ignoraba cual de ellos elegirían- no se podía hacer otra cosa que dar la misión por concluida, pero si su intención era dirigirse hacia otro lugar, aún podían tener alguna posibilidad de éxito.

Para ejecutar su proyecto era necesario contar con la intervención del paje Ibeloki. Éste había traído consigo su viola, así que pensó en hacerle pasar por un juglar e introducirle en el interior del campamento catalano-aragonés, únicamente en razón de ser el más próximo, pues no les conjeturaba precisamente en ese, pero tampoco podía descartarlo. De no ser así, lo volverían a intentar al día siguiente en otro de los acantonamientos.

El muchacho portaría, además de su instrumento musical, algunas monedas por si se viera obligado a sobornar a uno de los centinelas para que le abriera paso. Pero a priori no debía tener demasiadas complicaciones para ello, ya que por los acantonamientos proliferaban toda clase de trovadores, bufones, malabaristas, amaestradores de animales y prostitutas, por lo que sería fácil que el paje, de aspecto además tan aniñado, pasase desapercibido.

Tras la cena, que fue por tercera vez en frío para no encender un fuego que pudiese delatarles, y aprovechando las últimas luces del crepúsculo, Ferdinand e Ibeloki cabalgaron rodeando la falda del cerro hasta llegar a un punto del bosque donde el crío, ya solo, recorrió a pie la distancia que le faltaba.

Efectivamente tuvo que dar varios de los denarios que portaba al toso vigilante que le interceptó, y aun hacer uso de toda su perspicacia para que le dejase pasar libremente al campamento en lugar de que llevase la práctica con él, los deseos obscenos e inmundos que a

priori asaltaban al cancerbero.

Una vez superado el comprometido trance, el esclavo palestino del Conde de Etelnon pudo moverse a sus anchas por el campamento del Rey Pedro.

## 4.2

Al amanecer, el paje se reunió de nuevo con el Mariscal en el lugar convenido, donde éste le había aguardado durante la noche. El muchacho anunció la buena nueva del éxito de su misión, la suerte esta vez había estado de su parte. Pero solamente le informó de forma somera sobre sus averiguaciones pues, sin pérdida de tiempo, debían iniciar el regreso hacia su asentamiento. Cabalgaron circunvalando y remontando de nuevo la ladera, y en breve alcanzaban el calvero bajo las peñas.

Se encontraron al llegar con que sus compañeros, ya levantados, les aguardaban expectantes para conocer las noticias que traían. Pero antes, fueron ellos los que tuvieron que informar al capitán sobre la evolución de los heridos. Su situación permitía ser optimistas, el médico y Madelaine habían mejorado y Aubert al menos no estaba peor.

Desayunaron otra vez su “sopa” de pan blanco mojado en vino, y no faltó el buen humor entre ellos, persuadidos de que, a tenor de las expresiones de Ferdinand e Ibeloki, las novedades que iban a escuchar eran favorables a su causa.

Con la venia del Mariscal, el paje empezó a aflojar el relato de su aventura contestando incansablemente a todas las preguntas con que le acosaban sus anhelantes camaradas.

Ibeloki, comenzó relatando sus dificultades con el primer centinela que le descubriera y cómo logró quitárselo de encima a fuerza de buenas razones y dinero. Descontados los que en verdad apreciaban al paje, el resto de la concurrencia le apremió para que fuera rápidamente al grano y se dejara de relatos sin ningún interés, cual era la forma en que había salvado su integridad y quizás la vida.

De este modo, el jovencísimo esclavo del Conde omitió casi por completo las mil peripecias que le acontecieron en su deambular de varias horas por el interior del campamento enemigo, mezclado con artistas de todo tipo, tocando su viola, cantando las baladas sureñas que conocía, y dando tumbos de aquí para allá, mientras alcanzaba su objetivo.

Su historia empezó a tener verdadero interés cuando relató su llegada a las inmediaciones de la “Real” de Pedro “El Católico”, es decir, las mismas tiendas del monarca.

Aunque no faltaba mucho para la media noche, la actividad en estas carpas era incesante. Tras la cena y las diversiones, que ya habían cesado, y antes de que el Rey comenzase con alguna de sus ya famosas lidias carnales con la concubina de turno, parecía sostener reuniones con diversos magnates de sus huestes. Ibeloki, después de cerciorarse de que los centinelas de su guardia personal estaban distraídos, se acomodó en un rincón oscuro, prudentemente retirado, desde donde podía vislumbrar la entrada principal del complejo de tiendas.

El paje detuvo su exposición para afirmar que sólo el Padre Altísimo, el Hijo o el Espíritu Santo, pudieron iluminarle para que, sin tener muy claro el porqué, decidiese sentarse allí, en ese preciso lugar no exento de grave riesgo, con la excusa de descansar y el verdadero propósito de quedar observando aquel escenario.

Y así aconteció que a poco de sentarse vio penetrar en la “Real” un numeroso y variopinto grupo de personas. La escasa luz de las antorchas no permitió que se apercibiese inmediatamente de quien se trataba, pero cuando empezó a atar cabos sobre las fugaces imágenes contempladas, no le cupo duda alguna. El número aproximado de personas, la presencia de algunas mujeres entre ellas, varios hábitos oscuros... el corazón le dio un vuelco, ¡eran los herejes!

Ciertamente que no podía escuchar nada de lo que se decía en el interior de los pabellones e imaginó que cualquier intento de aproximarse estaba condenado al fracaso. Pero la entrevista de los fugitivos con el Rey fue breve, y cuando aquellos salieron, tuvo oportunidad de verlos de nuevo con más detalle y también de escucharlos, sobre todo a las mujeres del grupo, que pasaron muy cerca de él mientras se dirigían sin prisa hacia las carpas que tuvieran asignadas e iban platicando en voz baja sobre sus proyectos futuros.

Eran exactamente como las describiese el peregrino, imposible tomarlas por otras: una

bella joven ataviada como una gran dama, una hembra menuda y entrada en años que portaba el hábito negro de los “perfectos”, una gruesa matrona de mediana edad con atuendo de sirvienta de alcurnia, y una mujer morena de exuberante melena al aire, algo muy poco ortodoxo para una fémina ya madura, aún suponiendo que continuase soltera, vestida y adornada además de forma un tanto insólita.

Precisamente esa última, la que decían bruja, fue la única que reparó en su presencia dedicándole una breve pero intensa mirada. Aunque su expresión le pareció más amigable que de recelo, temió por un instante levantar sus sospechas y ser descubierto. Sin embargo éste no fue el caso, y es que en verdad la zona estaba muy frecuentada y él no era ni mucho menos el único que descansaba sentado o tumbado por entre los vientos de las tiendas.

Comenzó ahora a relatar el paje lo más esperado por todos, aquel breve fragmento de conservación que había logrado captar: al día siguiente partían hacia la capital del condado de Foix, siguiendo una ruta opuesta a la natural, dando un rodeo por Saint Martory y Saint Girons.

Aquella revelación hizo gritar de entusiasmo a más de uno, significaba que su negocio aún tenía alguna posibilidad, aunque remota, de seguir adelante. Ferdinand comentó lo que sin duda pasaba por casi todas las cabezas, aquel rodeo tan absurdo para llegar a Foix, sin duda obedecía al deseo de eludir a la hueste de Simón de Monfort, pues probablemente temían, sino lo sabían ya a ciencia cierta, que se estuviese aproximando desde aquella dirección.

Adrien instigó al pajecillo a que siguiese contando qué más sabía. Ibeloki añadió que también pudo enterarse de otra cosa, al parecer alguno de los herejes debía estar enfermo, y otro al que mencionaron se iba a quedar a su cuidado en el campamento hasta que el primero se repusiera un tanto, posteriormente ambos se dirigirían hacia Toulouse en lugar de a Foix, o por lo menos así le pareció entender al muchacho. Los nombres de los dos individuos, de los que tampoco estaba demasiado seguro, eran totalmente desconocidos para Bernard, de modo que no les dieron demasiada importancia.

Para terminar, el esclavo del Conde alcanzó a escuchar algo sobre una fuerte escolta designada por el Rey para acompañarles hasta su destino. Pero en lo relativo a los tesoros, un tema sobre el que no dejaron de insistir varios compañeros, a la cabeza de ellos Bernard, no podía añadir nada de nada.

El muchacho dio por concluido su relato, y desde el Mariscal al último escudero, excluyendo a los dos forasteros, ninguno dejó de felicitarle de alguna manera, unos de palabra, otros mediante alguna caricia, palmada, e incluso con un sopapo el socarrón de Phelipot.

No había tiempo que perder, si querían ser testigos de la anunciada partida, debían trepar sin más demora hasta su privilegiada atalaya desde la que dominarían cualquier movimiento de entrada o salida del campamento catalano-aragonés. Los mismos que habían subido la víspera menos el viejo Charles, que prefería no repetir la fatigosa experiencia, pero añadiéndose a ellos Pierrot y el mercenario Richart, escalaron el roquedo en dirección a la cima.

Poco después, tumbados como el día anterior, siete de los cruzados avizoraban con atención el vivac enemigo y también el resto del horizonte. Los trabajos del sitio se habían reanudado, continuando la construcción del parapeto alrededor del castillo y de las máquinas de guerra. En breve pudieron contemplar los devastadores efectos de los lanzamientos de varias de ellas, incluyendo las dos más gigantescas.

No tuvieron que aguardar demasiado tiempo para conseguir su objetivo, aún antes de la hora tercia, presenciaban como una comitiva a caballo formada por al menos cincuenta personas, entre las que pudieron contar hasta once o doce monjes guerreros de la Orden del Hospital de San Juan, reconocibles por sus negros mantos, abandonaban el campamento aragonés. El resto de los jinetes tenían que ser sin duda los fugados de Almir, las fuerzas auxiliares de los monjes hospitalarios y, a tenor de los vistosos sobrevestes listados de algunos jinetes, también algunos vasallos de confianza del Rey, con sus clientelas armadas.

Desfilaban dando un rodeo ante Muret para después coger la calzada romana que venía de Toulouse e iba en dirección de Saint Martory. A pesar de la distancia, consiguieron distinguir a las cuatro mujeres y reconocerlas por su atuendo, comprendiendo que la reseña dada por Ibeloki, coincidente en todo con la del peregrino, era absolutamente verídica y ello terminaba con la desconfianza que aún mostraba alguno hacia el relato del paje.

Aquella nutrida escolta parecía indicar que algo de suma importancia debían transportar los herejes. No sólo eso, enviarles a Foix en lugar de a Toulouse, como habría sido más lógico, era significativo, les hacía pensar que el Rey Pedro no tenía la suficiente confianza en su yerno y vasallo Raymond VI, Conde de Toulouse, como para confiarle la custodia de algo de tantísimo valor. A pesar de haber venido en su ayuda, nada desinteresada por cierto, desde el otro lado de los Pirineos, las relaciones entre ambos hombres ¿eran todo lo diáfanos que se debía esperar? Pero tampoco podía sentir una confianza mucho mayor por el impetuoso e imprevisible Raymond Roger de Foix, ¿entonces?

El Mariscal y el templario, que cambiaban estas impresiones y otras de la misma índole en baja voz, en un tono prácticamente inaudible para el resto de los cruzados y, puesto que la comunicación entre ambos estaba muy deteriorada, más que a modo de diálogo como reflexionando para sí, llegaron a la conclusión de que probablemente tampoco el Conde de Foix iba a ser puesto al corriente del uso que se pretendía dar a su castillo, la guarda provisional de un cuantioso tesoro material y de una de las Reliquias más sagradas de la cristiandad.

Porque estaban cada vez más convencidos de que esos tesoros existían y en estos momentos eran transportados por aquel grupo de personas. Sus agudas miradas escrutaron con atención los numerosos bultos a lomos de las acémilas de carga, puede que varios de ellos contuvieran el oro y la plata, en monedas o en lingotes, y las joyas cuajadas de piedras preciosas, mientras que Sagrada Corona iría en un algún pequeño cofre.

Cuando perdieron de vista a los fugitivos y a sus acompañantes, decidieron descender al calvero donde acampaban.

Nada más llegar, Ferdinand se reunió a solas con Adrien para parlamentar sobre la determinación a tomar. Estuvieron los dos de acuerdo en seguir adelante en persecución de los herejes a pesar de lo mucho que habían cambiado las circunstancias. Después convocaron a los otros cinco caballeros, los tres Flambo, Charles y el hidalgo Bernard, para consultar su opinión.

Como era de esperar, tanto Pierrot como Paul volvieron a exponer sus preocupaciones y dudas sobre la conveniencia de continuar con la misión, pensaban que eso era ir más allá de los planeamientos y órdenes del Conde. Sin embargo, Marie se mostraba acérrima partidaria de empeñarse a fondo en la empresa, y otro tanto ocurría con el anciano. Lo mismo deseaba Bernard.

El Mariscal, al convocar aquella asamblea, no contaba en absoluto con que la opinión de los caballeros, todos subordinados jerárquicamente a su persona, fuese vinculante, él ya había tomado la resolución de continuar la caza y aquello era sólo una mera exposición de pareceres, y además conocidos de antemano. Partirían inmediatamente en pos de los herejes aunque, eso sí, el grupo debería escindirse, el escudero herido, Madelaine y el médico estaban ya fuera de la cabalgada y aguardarían en aquella posición en espera de acontecimientos.

Si se producía la inminente batalla entre los suyos y las huestes coaligadas de occitanos y catalano-aragoneses, en caso de victoria, se unirían fácilmente a la mesnada del Conde de Etelnon en el sitio, probablemente muy cercano, donde hubiera tenido lugar el choque. Por el contrario, si los cruzados eran derrotados, deberían juntarse a la hueste católica en retirada o bien tratar de regresar al Norte por sus propios medios. De no llegar a desencadenarse el combate, buscarían igualmente a su Conde cuando el estado de Aubert y las circunstancias lo permitiesen.

Para estar en condiciones de enfrentarse a cualquier opción de las planteadas, el Mariscal los proveyó de dinero, provisiones y el material de acampada necesario, y dejó con ellos a su hombre de más confianza, el escudero Phelipot, con misión de guiarles y protegerles. También se quedaría cada cual con una de sus monturas. Y añadió el capitán una mula para transporte de la impedimenta, más otro caballo que por las heridas recibidas en el paso del puente, era más aconsejable abandonar allí. Para la mejor defensa del grupo, el escudero fue dotado de una de las ballestas.

De este modo, la partida de cruzados quedaba reducido a catorce personas con veintisiete caballos y nueve mulas, sin olvidar el pequeño can de "Bicho".

En lo que respecta a los animales, entre los ya perdidos y los que ahora dejaban, disponían de doce menos después de poco más de tres días de campaña. Concretamente, la muerte de los

cuatro corceles constituía, amén de la terrible pérdida de un ser querido para su dueño, un desastroso quebranto económico, y otro tanto ocurría, aunque en un grado menor, con los caballos de otras clases y las mulas.

También representaba la pérdida de importantes sumas, el abandono, con el cadáver del destrero de Aubert, de su arnés de batalla, y el equipo hundido con la mula en el cauce del Garona: los instrumentos médicos de François, los útiles litúrgicos del capellán, la mitad de los jergones y alguna cosa más.

Se decidió utilizar el monasterio de Boulbonne, no muy distante de Foix, como punto de enlace. Dejarían allí al Prior, noticia confidencial sobre el paradero e intenciones del grupo, tanto si se mantenían en las inmediaciones de esa localidad, como si cambiaban de ubicación. La idea última de Ferdinand consistía en conseguir refuerzos del Conde en base a la información que los del grupo de Phelipot le darían cuando consiguiesen contactar con él. Dado que las circunstancias para la captura de los herejes se habían complicado bastante, esa ayuda se consideraba ahora muy necesaria.

Tras un ligerísimo tente en pie, y la despedida entrañable a los compañeros que dejaban atrás, el exiguo escuadrón se puso en marcha iniciando el descenso de la suave ladera. Estaban obligados a dar un considerable rodeo a través del intrincado bosque para evitar a las tropas sitiadoras de Muret. Desmontados, y abriéndose paso en ocasiones a través de la maleza mediante el empleo de sus hachas, machetes e incluso espadas, no consiguieron alcanzar hasta el atardecer la calzada en dirección a Saint Martory.

### 4.3

Antes de retomar aquella importante ruta, hicieron un alto para descansar y consumir la comida principal del día, pospuesta hasta ese momento. Fue de nuevo en frío, a base de carne salada, pan blanco, cebollas y manzanas.

Geubert estaba malhumorado por el hecho de verse abocado a cortar pedazos de fiambre, rebanadas de pan o repartir hortalizas, labor que podía hacer cualquier otro. Cada vez estaba más convencido de la inutilidad de su presencia, y el hecho de que el médico y Madelaine hubieran sido ya liberados de aquella agotadora marcha, le exasperaba más aún.

Nada más terminar de comer, Ferdinand, pensando en que habían perdido demasiado tiempo en el rodeo campo a través, ordenó de nuevo montar.

Cabalaron por la calzada al trote, siempre pendientes de lo que pudiese aparecer por delante o alcanzarles por detrás. El camino discurría paralelo a la orilla izquierda del Garona siguiendo una dirección Suroeste. En su avance, evitaban atravesar las aldeas erigidas junto al camino, dando un pequeño rodeo para inmediatamente retornar a éste, tratando siempre de pasar lo más desapercibidos que fuera posible.

Por fin, al oscurecer, el capitán ordenó detenerse para acampar, apartándose ligeramente de la calzada. Desde su posición podían contemplar las débiles luces de una aldea próxima. Los perros de ese caserío ladrarían durante parte de la noche, pero los escasos aldeanos, que no veían nada en la oscura arboleda, prefirieron no aventurarse en busca del motivo para la inquietud de sus canes. Los cruzados evitaron de nuevo encender fuego, hablar en voz alta o dejar de poner el bozal a "Polisson", y tras otra cena fría y frugal, ya en casi completa oscuridad, se dispusieron a dormir sin olvidar montar el indispensable servicio de vela.

El poco espacio disponible por la frondosidad del bosque, más espeso todavía que en los estacionamientos anteriores, obligó, tanto a hombres como a bestias, a acomodarse en pequeños grupos muy apiñados. Únicamente lucía la pequeña llamita del cirio de las horas, encendido para efectuar los relevos con diligencia dado que lo tupido del ramaje y lo encapotado del cielo no permitía ver la posición de las estrellas o la luna. Pero, para mayor precaución, incluso esa bujía estaba parcialmente disimulada tras un tronco.

A pesar del agotamiento generalizado, a muchos se les hizo difícil conciliar el sueño quizá debido a la ligera incertidumbre que se iba apoderando de ellos según se introducían en aquel territorio, cada vez más desconocido para la mayoría, y cuyos habitantes, a excepción de los clérigos y los católicos de mayor fervor, para nada simpatizaban con su causa, con el agravante de estar alejándose poco a poco de los suyos.

Los jóvenes intentaban tomar ejemplo de los veteranos, que no parecían acusar ningún cansancio ni malestar y tampoco perdían el buen humor. Tanto así el Mariscal Ferdinand como el monje templario Adrien, el viejo Charles, a pesar de sus achaques, el repelente sargento mercenario e incluso su patrón, el hidalgo Bernard. Éste último parecía estar encajando paulatinamente las condiciones de subordinación no deseada al capitán de los Flambó y, después de la fuerte reprimenda recibida por su actuación en el puente, sus protestas eran mínimas.

Al amanecer les costó bastante aviarse, Ferdinand no les metió ninguna prisa pues comprendía que el cansancio acumulado se estaba haciendo notar. Además la falta de jergones para todos, que había hecho preciso desde la noche anterior organizar un nuevo turno, y lo irregular del terreno, se aliaron para proporcionar a muchos una tortuosa noche. A este respecto, el hidalgo occitano no se atrevió a poner objeciones a la inconcebible decisión del Mariscal, cuyo extraño sentido de la justicia hacia equiparar a un siervo con un caballero a la hora de repartir comodidades, a pesar de que precisamente fue él uno de los que tuvieron que hacerse a oscuras un lecho con hojarasca donde apoyar su estera.

Ya había salido el Sol cuando partían. Y el tiempo no se les había ido precisamente en desayunar, únicamente tomaron un trago de vino o de agua, sino en enjaezar sus monturas y asegurar las cargas.

Con los animales descansados y frescos, volvieron a cabalgar al trote por la ancha calzada, parando sólo de vez en cuando para relevar al caballo montado, y devorando de esta guisa legua tras legua.

Rebasaron otras aldeas, divisaron al otro lado del río la silueta del castillo de Roquefort, pasaron bajo las murallas del castillo de Foure, a la entrada de Saint Martory, y, una vez en este pueblo, que atravesaron a la vista de sus curiosos y asustados habitantes, doblaron a la izquierda abandonando la calzada empedrada para cruzar el puente que les devolvería de nuevo a la otra orilla del Garona.

El castillo de Saint Martory dominaba el puente, y sus teloneros controlaban el paso exigiendo el pago del puentazgo para permitir utilizarlo. Parecía que el único interés de los agentes era cobrar el impuesto por el uso del puente sin importarles a qué huete perteneciesen, así que Ferdinand ordenó al paje desembolsar la suma pedida y aún una generosa propina, cruzando sin más problemas el río, sin dejar de ser observados en todo momento por los centinelas que acechaban desde el adarve.

El nuevo camino por el que circulaban carecía de pavimento, algo que en principio resultaba más cómodo para las monturas siempre y cuando no se llegase a embarrar por la lluvia. Además era menos ancho que el anterior, pero aún les permitía mantener la columna de a dos mientras no se cruzasen con nadie. Corría paralelo al río Salat por un valle de suave relieve.

Volvieron a pasar junto a varias aldeas y contemplaron el castillo de Sarradas, mientras la vía se dirigía ahora hacia el Sudeste manteniendo el cauce del río a su izquierda. Entre éste y el camino se extendían numerosas huertas que laboraban los campesinos de la comarca. Los labriegos seguían la evolución del pequeño escuadrón con ojos recelosos, deteniendo su trabajo pero manteniendo en sus manos las herramientas que no dudarían en usar como armas si se veían atacados, sin dejar de observarle hasta desaparecer aquel de su campo de visión. Intuían que aquellos guerreros no eran de los suyos, ni siquiera de sus aliados aragoneses y catalanes. Si no se trataba de forajidos, podían ser perros de Simón de Montfort, gentuza del Norte, así que no podían evitar temer por sus vidas y haciendas.

Los cruzados continuaron cabalgando infatigablemente, alternando el trote con la marcha al paso, pero manteniendo siempre ritmo vigoroso, tanto que el capitán pensó en dejarles descansar tras el almuerzo.

Ordenó alto al mediodía y, tras acomodar y dar de comer a las bestias en lugar escondido y un tanto apartado del camino, se dispusieron a almorzar también ellos. Volvieron a ingerir la consabida cecina, con cebollas, pan blanco y manzanas, regado todo ello con la ración correspondiente de vino. Al terminar, se concedió tiempo libre para el descanso, aprovechando la mayoría para dormir una buena y reparadora siesta.

Sobre la media tarde volvieron a partir. El cielo, encapotado desde la víspera, amenazaba tormenta, mientras que la temperatura había descendido tanto que el insoportable calor que soportaban bajo la cota de malla y el grueso relleno del gambax, se hacía un poco más llevadero.

Los presentimientos de todos no tardaron en cumplirse y al fin descargó el aguacero. Comenzó poco después de rebasar Saint Girons, importante población que prefirieron evitar dando un rodeo y atravesando el Salat por un vado. En breve el agua, que caía a cántaros, acabó convirtiendo el retomado camino en un barrizal. Se envolvieron en sus gruesos capotes de lana espesa y casi impermeable, aunque ello suponía volver a la agobiante sensación de calor. Y además, inevitablemente, el agua se terminaría filtrando poco a poco, mojando las armaduras y empapando los espesos perpuntes como si fueran esponjas.

El sentirse calado era, además de incómodo, motivo siempre de preocupación, pues la cota de mallas una vez mojada, por muy bien engrasada que estuviese, si no se secaba con prontitud se oxidaba en un santiamén, disminuyendo su flexibilidad y acabando por echarse a perder.

No avanzaron mucho más aquella tarde, las espesas nubes precipitaron la noche antes de tiempo y se decidió acampar antes de que la oscuridad fuese completa. Según les indicaron unos lugareños a los que preguntaron antes de apartarse del camino, se hallaban a unas cuatro leguas de Foix.

Por fortuna dejó finalmente de llover, y el cielo nocturno terminó por despejarse, pero era demasiado tarde, hombres y bestias estaban calados hasta los huesos. Se dieron prisa en librarse de armaduras, rellenos y ropa interior y recurrir a la ropa que llevaban de repuesto en sus alforjas, al menos esas camisas, bragas y calzas estaban casi secas, lo que les proporcionaría cierto confort. Pero lo complicado era encontrar un sitio seco donde tumbarse, de modo que tuvieron que emplear todos los elementos de vivaquear que portaban, incluyendo las lonas, y una elevada dosis de ingenio para poder arreglarse aquella desabrida noche. Venturosamente la temperatura, como correspondía a la época del año, era bastante grata.

\* \* \*